

migo nuestras puertas; están, pues, en París, nos bombardea, mata nuestras mujeres y nuestros hijos.»

«Ciudadanos: sonó la hora del supremo combate. Mañana, esta noche, el proletariado habrá vuelto á caer bajo el yugo de que se emancipara por toda una eternidad. Si Thiers vence, si la Asamblea vence con él, ya sabeis la vida que os aguarda; el trabajo sin resultado, la miseria sin tregua. ¡No más porvenir! ¡No más esperanza! Vuestros hijos, que vosotros hablais soñado libres, permanecerán esclavos; los clérigos volverán á dominar su juventud; vuestras hijas que habeis visto castas y bellas, caerán profanadas en los brazos de esos bandidos.»

«A las armas; á las armas.»

«Nada de piedad. Fusilad á los que podrían tenderles la mano. Si sois vencidos, no os perdonarán. Desgraciados de aquellos que sean conocidos como soldados del derecho; desgraciados de aquellos que tengan pólvora en los dedos, humo en el rostro.»

«¡Fuego, fuego!»

«Congregaos en torno de la bandera roja, sobre las barricadas. La Junta de Salvacion Pública no os abandonará.»

«No nos abandoneis vosotros tampoco. Combatiremos á vuestro lado hasta consumir el último cartucho detrás de la última piedra.»

«Viva la República, viva la Comunidad, viva la Junta de Salvacion Pública.»

Esta proclama iba firmada por Gustavo Marseau, que no se contentaba con esto, sino que añadía: «Cluseret y Rossel han hecho traicion, y al uno le dejaron huir y el otro no fué juzgado. El arzobispo Darboy está entre los rehenes, y aun vive. Si os impiden casti-

gar á los traidores, haceos justicia por vuestra propia mano; fusiladlos como fusilásteis á Clemente, Tomás y á Leconte.» Y el *Proletario* exclamaba: «Pasó el momento de hacer guardia en las tabernas. Mujeres, niños, todos á las barricadas; y al desafecto ó al vil que no os auxilie, fusiladle: es vuestro deber y vuestro derecho.»

Las mujeres á su vez gritaban furiosas y decían allá por sus clubs horribles períodos como el siguiente:

«Los hombres, son unos cobardes. Se creen los dueños de la Creacion, y no son sino unos zopencos, que se quejan de tener que combatir. Pueden retirarse á Versalles. Nosotras nos bastamos para defender la ciudad. Tenemos petróleo, hachas y corazones sólidos; somos capaces de soportar la fatiga tan bien como los hombres. Armaremos las barricadas, y demostraremos que no queremos ser pisoteadas. Los hombres que quieran aun combatir, pueden quedarse con nosotras. ¡Mujeres de París, adelante!»

Con los recuerdos sangrientos, con los errores inveterados, con la peste de odios esparcida en los aires, con las ideas que como torrentes de electricidad chispeaban fulminantes rayos, con las proclamas incendiarias, con las frases y los artículos revolucionarios, todas las cornetas tocando al formidable ataque y todas las campanas al general rebato; sedientos los unos de sangre, los otros de venganza, enardecidos todos, París iba á ser inmenso volcan donde podrian fundirse y perderse las escorias de la demagogia pero mezcladas con el oro puro de sólida y antigua democracia. Aquel terror insensato engendraba como siempre, una insensata reaccion.

## CAPITULO CIX.

### LAS GRANDES BATALLAS.

París no estaba en realidad bien apercibido al combate último de esta terrible guerra. Cuando uno de sus más ardientes defensores, Cluseret, dejó la cárcel para responder á los cargos de la Comunidad revolucionaria vió los medios de defensa muy descuidados y la inminencia de una derrota muy próxima. En tal estado escribió la siguiente carta que explicaba su opinion sobre los errores pasados y sobre los medios más seguros y más eficaces de repararlos.

«Mi querido conciudadano.—La diferencia del estado de defensa, tal como yo la dejé y tal como la encuentro el 15 de Mayo, me obliga por fin á romper el silencio que me habia impuesto.

»En varias ocasiones mandé al ciudadano Gaillard, padre, antes de mi encarcelamiento, que abandonara los trabajos inútiles de las barricadas interiores, para que concentrase toda su actividad en las barricadas de la plaza de la Estrella, la plaza del Rey de Roma y la de Eylau.

»Este triángulo forma una plaza de armas

natural; y añadiendo la plaza Wagram y fortificando el espacio comprendido entre la puerta de Passy y el puente de Grenelle, se tiene una segunda línea fortificada más importante que la primera.

»Dí orden al coronel Rossel para que hiciese ejecutar estos trabajos, y para mayor seguridad, prescindiendo de las costumbres jerárquicas del ejército, di mis órdenes directamente al ciudadano Gaillard, padre, en presencia del coronel Rossel, sabiendo que no atendía más que las órdenes de este último.

»No contento con esto, desde el segundo día de mi prision escribí al ciudadano Protot y á la comision ejecutiva para que prestasen toda su atencion á este trabajo indispensable.

»¿Mis órdenes han sido ejecutadas?

»Se me dice que no.

»Importa, pues, que lo sean sin pérdida de tiempo.

»Veinticuatro horas son suficientes si la poblacion quiere contribuir á las obras de defensa.

»Pero en la barrera de la Estrella, en el

Trocadero, en la plaza de Wagram y en la de Grenelle no han de ser trabajos de aficionado, sino como los emprendidos y ejecutados en la calle de Rivoli.

»Estos trabajos, que yo dispuse entonces como medida de precaucion, son hoy trabajos urgentes desde que en mi ausencia se ha dejado tomar á Issy, y sobre todo cometido la enorme falta de dejar invadir el bosque de Bolonia, movimiento que yo mandaba vigilar todas las noches, y que no se hubiese efectuado á haber estado yo allí.

»Ahora vamos á sufrir un sitio en regla.

»A los trabajos de aproche, fuerza es oponer los trabajos de contra-aproche, si no queremos despertar una mañana con el enemigo dentro de París.

»A las baterías hay que oponer baterías, y tierra á la tierra.

»En una palabra, hacer la guerra de posiciones.

»Oponer tan sólo pechos de hombre á los proyectiles enemigos es simplemente una insensatez.

»El enemigo nos hace la guerra con calma y sangre fria; hé aquí por qué deploro y hago constar la diferencia entre la situacion de la defensa del treinta de Abril y la del quince de Mayo.

»Pero con recriminar no se adelanta nada; es necesario recurrir á la accion, á los medios que suministra la ciencia.

»Digo al pueblo lo que hay que hacer; que lo haga ó que lo mande hacer. Vendrá despues la tercera linea de defensa, yendo del puente de la Concordia á la puerta Saint Ouen, linea que utilizará la famosa barricada de la calle de Rivoli.»

A poco de fundada la Comunidad, comenzó la guerra. Y aunque las salidas de los parisienses no alcanzaron el éxito apetecido, ni la marcha á Versalles los necesarios resultados, viéndose constreñidos los comuneros á continuo retroceso, la artillería montada sobre las alturas de Montmartre, del Trocadero, de la

puerta Mayllot defendian el recinto de la ciudad insurrecta y molestaban mucho las posiciones de sus implacables enemigos. Pero la caida del fuerte de Issy quitó ventajas á los sitiados, y se las dió á los sitiadores por completo. Tras el fuerte de Issy cayó el fuerte de Vauves, y los versalleses pudieron establecer una paralela que formalizó los trabajos del sitio. Así las posiciones de Point du Jour y de la puerta de Auteuil no fueron sostenibles y por allí entró el sitiador en el seno de la ciudad sitiada.

Los síntomas de descomposicion, que precedieron á este suceso, enseñan cuánta fué la anarquía reinante en París y cuán naturales sus indeclinables consecuencias. Sitios de tanta importancia como los primeramente tomados por las tropas no tenían ni siquiera un vigilante que celase por su seguridad. Doscientos artilleros de Montrouge acababan de partirse, dejando huérfanas sus baterías, so pretexto de retraso en la percepcion de sus pagas. Varias compañías huyeron de la puerta de Chatillon y entraron por las calles clamando á grito herido que estaban traidoramente vendidas y entregadas. Los vengadores de París, que pertenecian á la más ardiente democracia pugnaban por abrir una puerta á los soldados. En el estado mayor general de Dombrowski, habia quien contaba estrechísimas relaciones con el gobierno de Versalles. La falta de autoridad arriba engendraba natural desconfianza abajo, y esta desconfianza no servia de freno, sino de incentivo, á las conjuraciones. Las desgracias de los gobiernos son como el estiércol amontonado sobre el germen fecundo de la traicion. Pero indudablemente la Comunidad llevaba su mayor fuerza de descomposicion y de ruina en el seno de sus principios y de sus hombres.

Entre Point du Jour y la puerta de Auteuil se extiende, á guisa de antiguo acueducto, una de esas magníficas obras de nuestros ferrocarriles, que en normales épocas la paz y el trabajo fundan, que la guerra y la muerte en

épocas anormales aprovechan. Es el viaducto llamado de Auteuil y sostenido por una serie de audaces arcos y destinado á soportar las locomotoras y á completar el ferro-carril de cintura. Todos estos arcos, que se extienden á una inmensa distancia, encontrábanse tapados por formidables terraplenes y ofrecian medios seguros á reñida resistencia desde la puerta de Saint Cloud hasta la puerta de Auteuil. Pero advertido á tiempo el general Douay corrió á salvar aquel obstáculo empeñando y sosteniendo vivísimo combate.

El sobrestante que, según hemos dicho en otro lugar, escaló valerosamente la cima del bastion, y anunció la facilidad de la entrada á las tropas versallesas, condujo una parte de ellas, como solcito guia, al pié del Trocadero. Es tal sitio, repugnante á nuestro patriotismo por el nombre que lleva y por el recuerdo que evoca, el nombre de uno de los parajes donde se eclipsó nuestra libertad, y el recuerdo de una de las mayores desgracias para los liberales y su inmortal idea; es tal sitio, decia, una graciosa colina al fin de la calle mayor de Passy, al frente del campo de Marte, bordeando la orilla derecha del Sena, revestida por inmensa escalinata á cuya cima descubris una parte considerable de París como un mar sin límites, sobre el cual se alzan erguidas como naves y mástiles desde la áurea rotonda de los inválidos hasta las góticas torres de Nuestra Señora, y desde la aguja puntiaguda de la santa Capilla hasta la esférica linterna del majestuoso Panteon. Estratégicamente considerado, en una batalla dentro de la gran ciudad, es sitio aquel considerable, porque conduce al arco de la Estrella y á la plaza de la Concordia, puntos importantísimos.

El guía Ducatel se adelantó en su carrera, topando con los milicianos nacionales, que le cogieron al pié de la escalinata, lo llevaron á la escuela Militar, donde, reunido un consejo de guerra, lo hubiera pasado mal sin la pronta presencia de los versalleses seguida de la inmediata fuga de los insurrectos.

B.

En la escuela militar hubo ménos resistencia que en la puerta de Auteuil. Así es que á las once de la noche llevaban las tropas ocho horas de estar en París y no lo sabia el gobierno. Razoua nada hizo por resistir en la Escuela Militar, y huyó dejándola abandonada, no obstante su importancia, pues domina inmenso espacio y sirve de base de operaciones á muchas atrevidas correrías. Casi al mismo tiempo que Douay llegaba al Trocadero y á la Escuela Militar, Vinoy llegaba á la régia vivienda de la Muette en Passy, y Cisse y á la estacion de Montparnasse. El general Mac-Mahon, que dirigia las operaciones, comprendió bien pronto los primeros objetivos de sus esfuerzos; conservar el Trocadero por ser el más importante sitio del Noroeste de París y tomar Montmartre, el sitio más importante del Norte, con toda celeridad, y por toda suerte de grandes sacrificios. Mientras tanto, las posiciones de segundo orden iban cayendo en mano de las tropas del gobierno como el Arco de la Estrella, desde el cual podian barrer sin esfuerzo muchas avenidas y dominar completamente la terraza de las Tullerías.

Aquel amanecer no iba á despertar á la vida del sueño, sino por lo contrario, á traer á la vida el sueño de la muerte. Terrible mañana la mañana del veintidos de Mayo. Los guardias comuneros corren despavoridos huyendo de las bayonetas que les han desalojado de sus posiciones; y las tropas avanzan ennegrecidas por el humo, relampagueando odio de sus ojos inyectados en sangre y amenazas de sus labios henchidos de palabras mal sonantes y juramentos soeces; el pánico se respira en los aires, y mientras las tiendas se cierran, sólo se abren las puertas que deben dejar paso á algun combatiente; óyense las pisadas de las patrullas sobre las piedras y los relinchos de los caballos que llevan de un lado á otro á los portadores de órdenes; las banderas rojas mezcladas con las banderas negras parecen señalar las unas sangre y luto las otras; el fuego seco de fusilería se acerca al centro